

Teresa Casique

Teresa Casique

Job II

Job, ¿sigues ahí, tu carne herida al viento,
la amargura derramada sobre tus rodillas?

Ahora te hundes, te pierdes cada vez
más abajo
—o más arriba, yo no sé, ¿hacia dónde
crece el dolor, Job?

Y cada casa que acaba muere de pie.

La gracia austera de los pasos que diste
te hizo feliz, ¿no lo recuerdas?

Pero esta tarde, ¿quién afina el oído para oír
tu juicio?

No tus amigos, pocos y pretenciosos;

mas todo secretamente fortalece
en el gozo y en la pena. Y alguien escucha.

Yo lavaré tus pies con leche, aunque
esté rancia.
¿De cuál castigo hablas, de cuál premio?

Sobreabundancia has tenido,
¿la percibes también mientras sufres?

Tú, el más recto entre todos, a la distancia
me muestras en qué consiste
una cierta verdad del infortunio
—y tu llaga se purifica.

De repente, hay un olor a jazmín tan intenso
esta noche.
Ya no esperabas nada ni a nadie, ¿no es cierto?
Y de la ceniza retorna un aleteo fragante.

De: *La fuente blanca*, bid&co editor, Caracas, 2012

Tu padre no te espera ya. Entre cabras
y perros fue olvidando todo aquello
que alguna vez le perteneció incluida tu
fama y el último beso.

Tu casa es una trinchera de gatos
despellejados. La cama que plantaste
con tanto esfuerzo en el ático, bordeando
al mejor de los árboles, es ahora
el lugar donde copulan palomas para que
nazcan insectos.

Tu hijo se me perdió en el vientre,
no tendrá que enterrarte.

¿Cuántos pueblos liberaste? ¿Qué harás
con tanta medalla,
tantísima joya obtenidas del saqueo?
Ningún mueble quedó para adornarlo
con alguno de tus dorados trofeos.

Vienes de la guerra y qué encuentras: una
carreta llevándome.

De: *Casa de polvo*, Pequeña Venecia, Caracas, 2000

El regreso

Ha terminado el destierro, estás en casa.
He aquí la luz de tu lámpara propia.

Recuerda
sacudir la arena
del desierto
que traes en los zapatos

beber el té
tanto tiempo vedado

arrellanarte en la cama
abrigada

calmar la euforia
descansar
del viaje inhóspito, helado.

Poema inédito, 2013

Y todo lo que veía respiraba

A Nelson Rivera

Que mi reverencia alcance a la más
pequeña cosa.
Que sea capaz de mirar a su centro y sentirme
confortada, germinar contenta a su quietud
permanente entre lo distante y asible.

Una lagartija bordea la puerta de mi
estudio, se esconde,
dejarla estar como alguien más mi lámpara
de papel de arroz,
el canto de los grillos mi anillo a la llegada
inminente del verano.

La palabra atrae a la palabra como la
dulzura a la dulzura
es la ley de lo posible anidando en la verdad
de lo deseado.

¿Siguen despiertas las azucenas de
pie la casa?
Nada se echa de menos, la soledad
acompaña, he allí mi sofá, mi vaso,
la corona de lentejuelas doradas
rodeando el rostro del Gran Niño,
atrás la biblioteca ordenada, acogedora y lo
que es ligero
se aviene con lo pesado y lo acontecido con
lo que espera.

Pacífica apacible digo ahora
tallo memoria libro icono y quedan
santificados.

Está también lo que *no se aviene*. Respira.
Nada puede evitarlo.
Yo me arrodillo.

Aun sin azucenas, los cimientos siguen ahí
la casa, mi árbol
una hoja con sus filamentos de oro.

Desalojar los adjetivos de la pena es un
trabajo. Hay que hacerlo.

Extranjera, a gusto entre lo exiguo,
completa.

*A toda forma natural, flor o fruto o
roca, / incluso a las piedrecitas que
cubrían la calzada, / les concedí una
vida moral: les vi sentir / o los uní a
un sentimiento: la inmensa masa /
yacía en un alma ligera / y todo lo
que veía respiraba con sentido interno.
William Wordsworth, "El preludio"*

Poema inédito, 2013

En plena proa, de cara al helado viento
Islandia lentamente se te acerca. No es simple imagen.
He allí sus peces congelados, su polo blanco
golpeándote la frente. ¿Pensaste acaso en montañas,
difusa luz amarilla?

Si nadie te recibe, no te creas engañada. Así es Islandia.
Sin lugar para un té rojo que te apacigüe el frío.
Sin peñascos imponentes ni riachuelos
a no ser esas cascadas de hielo que desde aquí divisas.

Glacial de perfecta anatomía, quien ha llorado entre su niebla
sabe que noche tras noche una lumbre polar
desanda entre los barcos astillados de sus muelles.

Y se cuentan historias
de naufragios que solo el aire descubre, ballenas con sangre
congelada en la boca.

No deshagas maletas en Islandia. Da un golpe de timón
a esa luz blanca que todo lo enceguece. Y si entras,
si a pesar de todo desembarcas, aprende que la muerte
es apenas una mirada quieta e ingrávida. **U**

De: *Casa de polvo*, Pequeña Venecia, Caracas, 2000

Teresa Casique (Venezuela)

Ha ejercido el periodismo en los principales diarios de su país. Ha desarrollado amplia labor editorial para el Museo de Arte Contemporáneo de Caracas y la galería Trasnocho Arte Contacto. Coordinó el suplemento literario *Verbigracia* en *El Universal* (1997-1999) y el Taller de Poesía del Centro de Estudios Latinoamericanos Rómulo Gallegos (2003-2004). Es editora profesional. Ha escrito los poemarios *Casa de polvo* (2002) y *La fuente blanca* (2012) y el volumen ensayístico *Poesía y verdad. Mínima meditación* (2007).

David Marín

David Marín-Hincapié

Lo irreal intacto en lo real devastado.

René Char

Entre los brazos se recogen y un rumor de hojas sin fin los arrastra. Ya están aquí las mareas de los signos húmedos y frescos. Nombran el peso de una boca y la duración en la que han sucedido los desgarros. Nombran las heridas por donde el deseo aventuró la desobediencia. Nombran las dos caras de un solo enigma y anuncian la perfección del silencio. Duermen los cuerpos. No se sabe aún si despertarán para el anhelo o el desdén.

Están cautivos en el éxtasis y se acarician en los resguardos de un invierno áspero. Reciben con fijeza la luz del blanco nocturno. Es bello enloquecer en el oro que la noche esplende. Aquí el silencio mana y se reconcilia con el abandono.

Fundirse en los rostros más bellos. No en los que surgen del rayo implacable de la máscara, sino en los más oscuros, en los rostros que se sustraen a la multiplicación errónea del simulacro. Fundirse en el ritmo de las noches, cuando los insectos proclaman su vertical suspenso, y abandonan su habitual forma de ir en estridencia, con alas de frágil interrogación. Y a la menor señal del deseo, en la mínima ceremonia de la carne enhiesta, abalanzarse en el cuerpo, escurrirse en su claridad, más alto cada vez y en desordenada obediencia. Y defender el ritual de los secretos en la corriente inmóvil de las posesiones, para que en un atajo subterráneo los cuerpos se proyecten sedientos, al dorado camino donde se acoplan los arroyos seminales, con la fuerza de las usurpaciones, con las mordeduras inscritas en el lomo, bajo el brillo desolado y la dura materia de las pesadillas.

Hincapié

Sin duración en las hojas, sin duración en las piedras, la luz avanza con adherencia torpe. Los lugares en los que esta luz reposa son los lugares de la desaparición. En las mañanas más claras, cuando todos los ríos descienden vírgenes, a esta luz apacible se le impone el error fatal de los condenados al desencuentro. Es la misma luz que tiene en contra no el deleite de las pieles sedientas, sino el muro descomunal de ese sueño todavía sin deglutir en las horas primarias. Es la luz que asiste en los placeres de la materia, justo antes de que en los cuerpos se hayan solidificado, al borde de las fauces y por entre los acoplamientos, cada uno de los torrentes que se mezclaron en el hervidero del yo. Es la luz que sopla de donde ha escapado la sustancia del deseo bajo el signo de la tortura, y su torpeza es la pérdida de la distracción.

Bordean el lago. Advierten que es el verano de los nacimientos. Una música de pájaros los conduce al interior de los frutos. Están presos en la locura de los hongos. Ni siquiera el aroma del rosal ocultará el detritus para el que están destinados. No saben que cosechan la traición.

¿Cómo pueden mirarse con indiferencia un par de animales sosegados? ¿Cómo pueden suponerse colmados dos cuerpos a los que se les impone la transparencia de unos labios expertos en vértigos y desapariciones? Han morado lo suficiente en el deseo como para olvidarse. Pueden escapar a la opacidad de una noche, y luego sobrepone a la fugacidad. Pueden dejarlo todo, sumidos en el residuo de un cauce blanco entre las manos. Que la humedad preserve esta serenidad de los cuerpos y que no se extinga la luz en la posterioridad de la eyaculación.

Han sido tragados otra vez por la oscuridad. Y son pacíficos ante las fieras nocturnas. Ya se reconocen en el nombre impuro de las traiciones. Los aromas en los que consultan la nostalgia es materia aborrecible. Se dejarán seducir por las palpitations del bosque como lobos que cohabitan la irritación. Indiferentes al óxido y al olvido, de la verdad solo conservan la lágrima.

La posibilidad es acechanza y pervive en la inclinación de unos párpados. ¿Después de la sombra, quién participará de los falsos instantes? Ya separados e imprecisos arribarán al ácido nombre de la desaparición.

Ante la ausencia y el olvido inminente la libertad es otra dádiva de la destrucción, como la luz y el perfume de un árbol simplificado. ■

*Selección de poemas del libro *Remanencia*

David Marín-Hincapié (Colombia)

Escritor. Realizó estudios de Literatura en la Universidad de Antioquia. Ha publicado los libros de prosas poéticas *Abro la noche* (Beca de creación Alcaldía de Medellín, Fundación Arte & Ciencia, 2011) y *Sórdida verba* (Astrolabio Editores, 2013). Su último libro escrito, *Remanencia*, recibió el III Premio de Poesía Joven de Medellín en el mes de mayo de 2014.